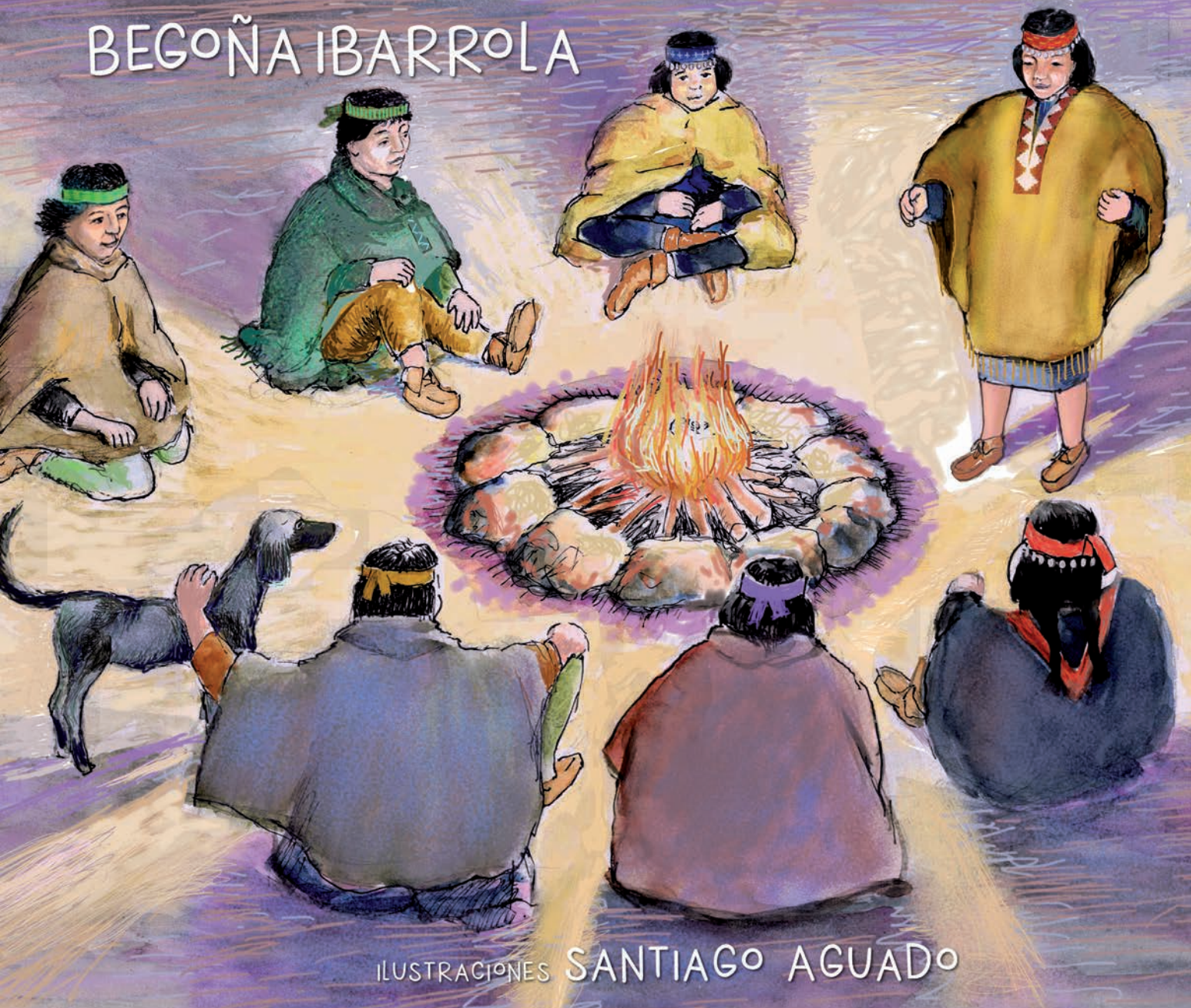


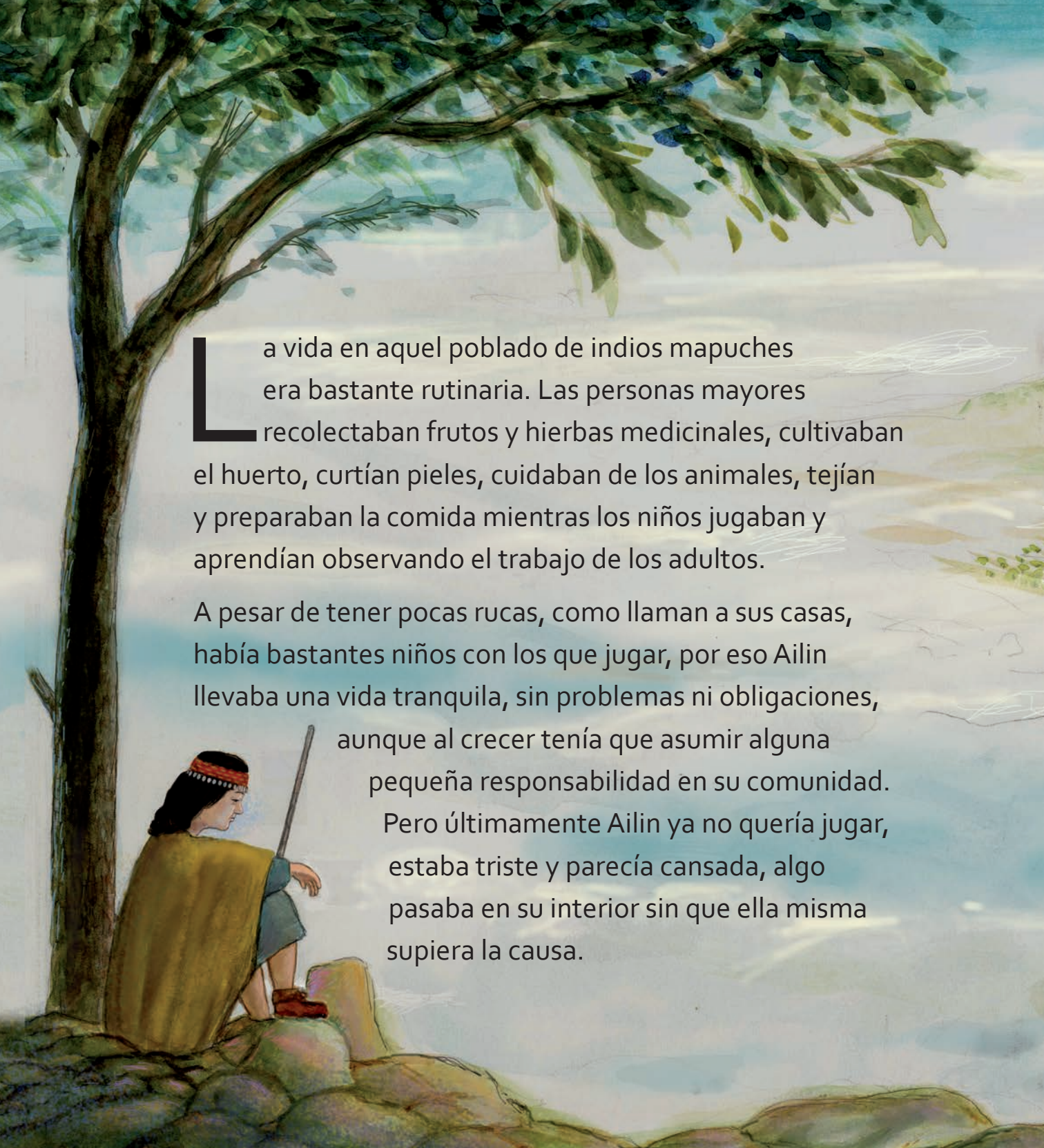
BEGOÑA IBARROLA



ILUSTRACIONES SANTIAGO AGUADO

EL LLANTO DE LOS ÁRBOLES

DESCLÉE DE BROUWER

A watercolor-style illustration of a woman with dark hair, wearing a red headband and a yellow shawl over a blue dress, sitting on a large rock. She is looking down and to the right, holding a long wooden staff. To her left is a large, leafy tree with green and blue foliage. The background is a soft, hazy landscape with a light blue sky and a pale green ground.

La vida en aquel poblado de indios mapuches era bastante rutinaria. Las personas mayores recolectaban frutos y hierbas medicinales, cultivaban el huerto, curtían pieles, cuidaban de los animales, tejían y preparaban la comida mientras los niños jugaban y aprendían observando el trabajo de los adultos.

A pesar de tener pocas rucas, como llaman a sus casas, había bastantes niños con los que jugar, por eso Ailin llevaba una vida tranquila, sin problemas ni obligaciones, aunque al crecer tenía que asumir alguna pequeña responsabilidad en su comunidad. Pero últimamente Ailin ya no quería jugar, estaba triste y parecía cansada, algo pasaba en su interior sin que ella misma supiera la causa.





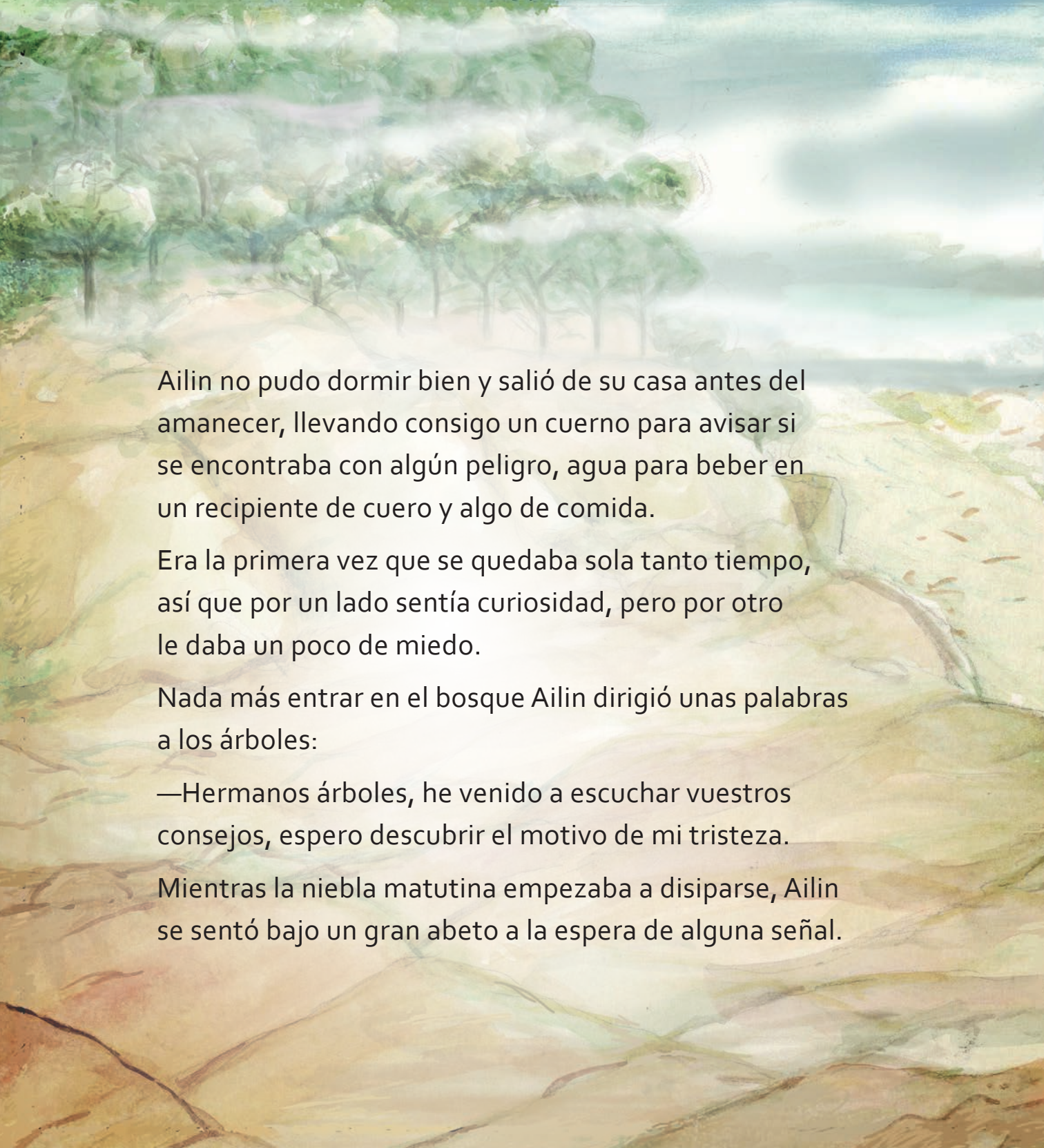


El jefe de la comunidad la observaba con atención y un día le preguntó:

—¿Qué te ocurre, Ailin? Tus risas ya no me despiertan de la siesta, no quieres jugar con otros niños y pareces muy pensativa.

—No sé lo que me pasa, es como si me faltara algo, aunque aquí tengo todo lo que necesito —contestó ella mientras bajaba la cabeza.

—Pues mañana al amanecer irás tú sola al bosque y te quedarás allí hasta que el sol comience a esconderse. Cuando regreses espero que me cuentes qué te han dicho los árboles, ya sabes que, si prestas atención, escucharás su mensaje.



Ailin no pudo dormir bien y salió de su casa antes del amanecer, llevando consigo un cuerno para avisar si se encontraba con algún peligro, agua para beber en un recipiente de cuero y algo de comida.

Era la primera vez que se quedaba sola tanto tiempo, así que por un lado sentía curiosidad, pero por otro le daba un poco de miedo.

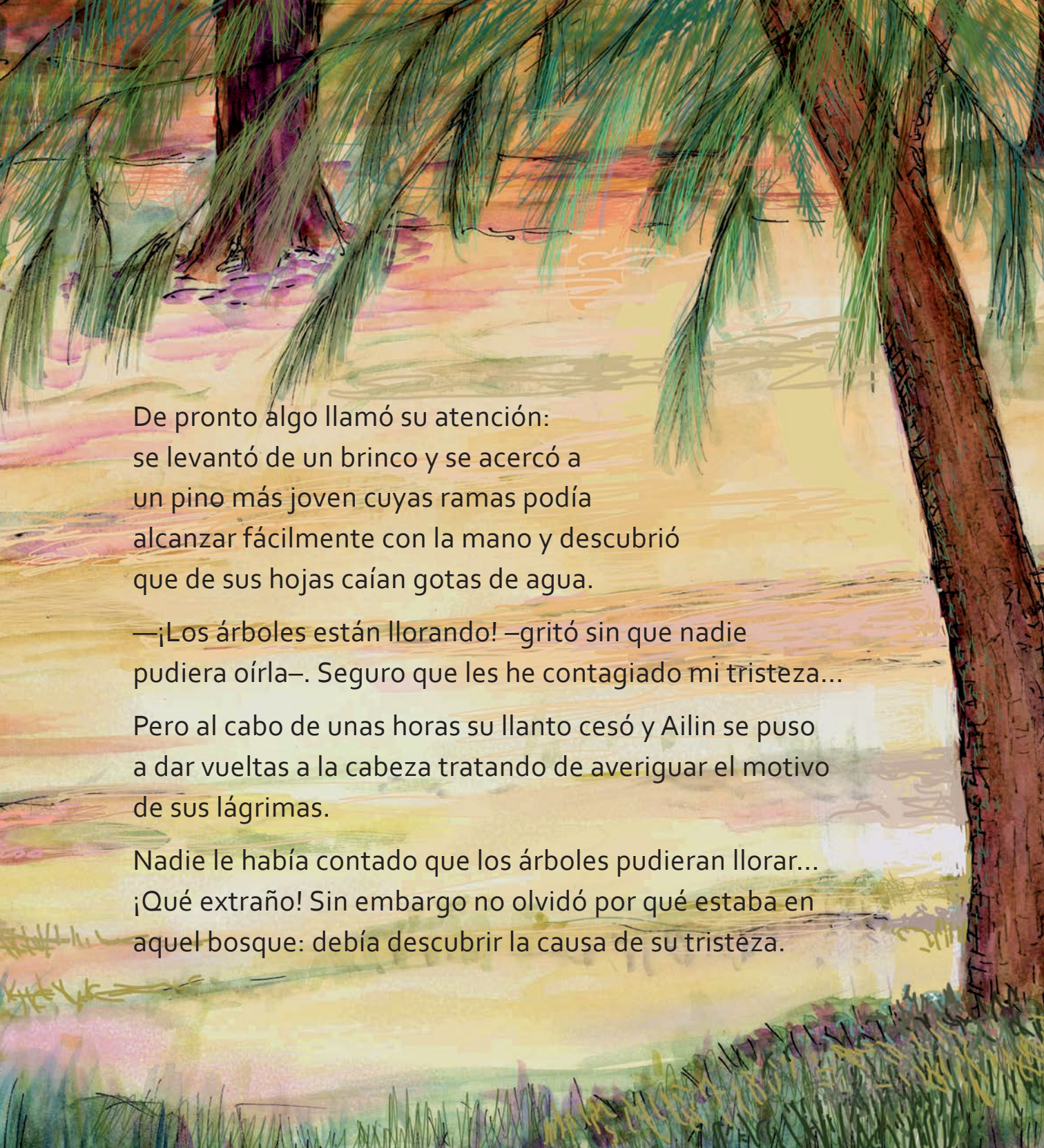
Nada más entrar en el bosque Ailin dirigió unas palabras a los árboles:

—Hermanos árboles, he venido a escuchar vuestros consejos, espero descubrir el motivo de mi tristeza.

Mientras la niebla matutina empezaba a disiparse, Ailin se sentó bajo un gran abeto a la espera de alguna señal.







De pronto algo llamó su atención:
se levantó de un brinco y se acercó a
un pino más joven cuyas ramas podía
alcanzar fácilmente con la mano y descubrió
que de sus hojas caían gotas de agua.

—¡Los árboles están llorando! —gritó sin que nadie
pudiera oírla—. Seguro que les he contagiado mi tristeza...

Pero al cabo de unas horas su llanto cesó y Ailin se puso
a dar vueltas a la cabeza tratando de averiguar el motivo
de sus lágrimas.

Nadie le había contado que los árboles pudieran llorar...
¡Qué extraño! Sin embargo no olvidó por qué estaba en
aquel bosque: debía descubrir la causa de su tristeza.